

CARAS Y APETAS

SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

Director: ARTURO AGUIÑEZ

GALERÍA CÓMICA

FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES

AÑO II
Nº 66
Junio 2 de 1895

chú

PRECIOS SUSCRICION

MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS	
Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00
EXTERIOR	
Los mismos precios, en moneda equiva. lente, con el aumento del franco.	
Número corriente 30 centesimos :: Número atrasado 40 centesimos	

DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.



De bebé tiene la facha el alma de autor dramático, y es un crítico simpático aunque tanto aplauso empacha hasta al lector más apático.

Para él no hay artista malo y á cualquier mediocridad da al punto celebridad y talento, de regalo. Esa es su *dibilidad*.

SUMARIO

TEXTO.—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez.—«El signor di Pulcinella... y Obes», (Las glosas): 1.º, por J. O. F.; 2.º, por Tristán de las Catacumbas; 3.º, por Epifanio; 4.º, por Un blanco; 5.º, por Juan Segundo, el conciliador; 6.º, por Jean Joseph, quand même; 7.º, por Eugenio el Hermoso; 8.º, por Teófilo el chico; 9.º, por Máximo el mudo.—«Para Ellas», por Alina Doré.—«¡Eh! ¡Eh!» por Firulete.—«Estornudos y sabañones», por Fray Candela.—«Seguidillas de invierno», por X.—«Teatros», por Bo-Bemol.—«Tones Musicales», por C. L.—«Entre dos fuerzas», (Novela), por Arturo A. Giménez.—«Menudencias»,—«Correspondencia Particular».

GRABADOS.—«Galería Cómica», (Fotografías sin retoques), por Wimplaine.—«Para Ellas», (Retrato de Señorita), por Aurelio Giménez.—«C'EST FAIT!», por Wimplaine.—Y varios intercalados en el texto y avisos, por Aurelio Giménez.



¡Ley eterna! Sobre las medianías olvidadas, sobre los ruidos de ocasion, ha de levantarse lo grande, lo de valor propio, lo digno de la posteridad.

Y así ha ocurrido aquí.

Apagado el último murmullo del ruido levantado por lo contienda kubli-herrero-bordista, terminada la expectativa pública con la franca declaración del Juan Presidente que nos pusieron en el sillón, la declaración aquella de que no puede avenirse á pasar sin la ayuda de Don Julio y comparsa porque no le da el naipe, ni el mate para tales y tan árduas tareas; olvidado todo esto, la gran figura de Monsieur le Général Jean Joseph Diaz, Ministre de la Guerre et de la Marine à la française, se eleva majestuosa, serena y deslumbrante sobre la indiferencia pública que, cubre lo demás

¡Excelsior!
¡Voilà l'homme!

El ocupa hoy en día toda la atención; todas las miradas se dirigen á él; los diarios le dedican sueltos, artículos, pullas, y hasta barbaridades, y los papanatas se lo muestran por la calle, en sus largas promenades pour le boulevard dixhuit Juillet, como él dice.



Y bien ¿qué ha hecho Monsieur para que así se preocupe de él todo el mundo?

«Expedición, conquista, batalla?... Nada de eso; Monsieur no ha aumentado con una sola placa más el monetario que cubre su noble é hidalgo pecho. Monsieur no se ha batido. Monsieur no ha vuelto á cantar la Verbena de la Colombe. Monsieur no intenta renunciar.

No ha hecho nada, pues; pero Monsieur es Monsieur... y no digo más!

Hay hombres así, que concentran en su persona todas las actividades individuales y se agrandan con ellas.

He aquí lo que ha dado por resultado esta repentina atención del pueblo.

1.º Reclamación del General García — 2.º Bautizo de la campana de Sarandí — 3.º La choléra de Monsieur (1.ª parte: «La carta»).

(2.ª parte: «El castigo de Jerez»).

Nada más que esto.

No es mucho, pero, según los hombres, son los hechos más ó menos importantes... y no digo más!

Esto ocurre con Monsieur.

—¡Qué demonio! — decía uno que aprecia

en lo que valen á Monsieur y á las morcillas con pirón — con razón el público se ocupa de ello.

—Ya — argumentaba otro. — Pero es de suponerse que esto de que la opinión le haga blanco de sus quejas, ha de disgustarle.

—¿Disgustarle que le hagan blanco de...? ¡Hombre! Pues no se quisiera él otra cosa sino que le hicieran blanco, de cualquier manera!

—¿Blanco? Pero cómo! ¿No dicen que ahora es colorado enragé?

—No; siempre ha sido negro.

Volviendo á los grandes hechos de Monsieur, es de utilidad decir que la reclamación del General García está dando qué hablar aún.

El caso es que, según Kubly, nuestro Presidente Juan, hizo en la célebre entrevista, grandes cargos al General. El General ocurrió ante Monsieur y Monsieur dijo que no podía dar... explicaciones.

—¿Pero por qué no podrá dar explicaciones Monsieur? decía un empleado del Gobierno que tiene un sueldo de doce pesos y tres berrugas en un carrillo.

— Hombre — decía otro que no tiene ni sueldo ni sentido común — como solo habla en francés ¡claro! no puede explicarse bien. ¡Eso es!

Por una ó por otra causa, el General se quedó sin explicaciones.

Lo de la bendición de la campana es más sencillo.

Monsieur fué nombrado padrino de ella. A falta de campanas que no ha hecho, bien venían campanas que apadrinar. Es cuestión de una letra...

Monsieur agarró un puñado de ayudantes y los echó al ferrocarril. Luego arrió con la banda de música y su banda de gró, y no ocurriéndole otra cosa qué decir, gritó: «Allons, enfants de la Patrie — Le jour de gloire est arrivé».

Y se marchó.

Una vez allá dióse á lucir su airoso y gallardo continente, y, llegado el momento de la ceremonia púsose de pié,

«la mano izquierda apoyada en el pomo de la espada y el aspecto muy français.»

y tomó la palabra diciendo:

«Messieurs y Mesdames: Bon jour! Nous estamos devant une campane. Et je suis le petit père d'elle. La campane c'est un instrument universel et très dulce. En París la usan dans les églises, dans les theatres, y quelques uns las colocan á los bueyes.

En France hay muchas campanes.

Et las campanes tienen badajo.

J'ai dit.»

Concluidas las fiestas, Monsieur se fué á las Piedras, donde también había fiestas y allí vió quemar el Judas, de lo que quedó muy satisfecho.

—Très bien, l'incendie de l'ISCARIOTE, decía volviendo.

Y aquí llega el primer cuadro de La Choléra de Monsieur. La Razón dijo que él, ¡lui! en un raptó de furor, había arrestado á todo su acompañamiento, y Monsieur escribió una carta diciendo que aquéllas eran sandeces y embustes.

Si la escribe en francés no dice más barbaridades.

Pero él no se contenta con decirlas y dió en hacerlas con el coronel Jerez, que se permitió criticarlo.

—¿Oui? se dijo Monsieur. Pues vas á ver!



Y sin más trámite suprimió al coronel Jerez medio sueldo.

Esto también dió que hablar.

—¡Caramba! — decían — ya lo ha partido á Jerez.

—No; lo que le ha partido es el sueldo.

—¿Y porqué tanta severidad con él? De fijo que si en vez del nombre de un vino español lleva el de uno francés, llamándose, por ejemplo, Bernassa y Chamberlin, lo perdona.

—Pero lo ha embromado.

—¡Vaya! como que Jerez es un vino caro. Rebajándole el sueldo, lo ha dejado cuando más, carlón, y del barato!



ARTURO A. GIMÉNEZ.

EL SIGNOR DI PULCINELLA Y OBES

LAS GLOSAS

(Fieles á lo prometido publicamos las composiciones que, glosando el verso semi-mudo que acompañaba el retrato del domingo anterior, nos han enviado).

Provocando mil querellas y haciendo de todo farsa, formó este hombre una comparsa de las más peores entre ellas.



Y tocar hizo el violón en el mundo candombero á mil... ¡Hay tanto dinero en el reino del turrón!

J. O. F.

Periodista famoso, en sus querellas lució sus armas contra toda farsa y tembló de tiranos la comparsa ante el fulgor que despedían ellas. Nunca tocar le vimos el violón; metió en vereda á más de un candombero; para él jamás valor tuvo el dinero y mató á mil contrarios con turrón.

TRISTÁN DE LAS CATACUMBAS

Sofocó nuestras querellas, maestros hizo de hábil farsa y nutrió nuestra comparsa y enloqueció á muchas de ellas. ¿Que tocó mucho el violón? ¿Que se hizo al fin candombero? ¿Que importa, si dió dinero y comimos del turrón?

EPIFANIO

Fomentó ruines querellas y haciendo arma de la farsa, dió alpiste á su vil comparsa, y muchos pesos á ellas. Tocando siempre el violón gastó el vulgar candombero de la Nación el dinero y ahogó á todos con turrón.

UN BLANCO

Que fomentó querellas, que en él es todo farsa, que es tipo de comparsa y que es débil con ellas. Que aturde su violón, que es pillo y candombero... cierto es. Mas el dinero ¿no es nada? ¿Y el turrón?

JUAN SEGUNDO, el conciliador.

Je ne se pas que veux dire querellas Mais la farsa... En Paris guste la farsa y es chose divertida la comparsa y son, ¡Mon dieu! tanto adorables ellas!

¡Ici hablan muchos, muchos, del violón,
y á don Juliet le dicen candombero...
¡qué veux dire ça? No sé; mas el dinero
es chose fine ¡O Dieu! Pues y el turrón!

JEAN JOSEPH, quand même.

¡Embusteros! ¡Quién dijo querellas?
¡Quién á Julio vió usar de la farsa?
Esa infame y grosera comparsa
que ni á Julio respeta... ¡ay!... ni á ellas!
¡Quién ha dicho que toca el violón?
¡Quién osó decirle ¡á él! candombero?
Julio nunca ha tocado el dinero
Julio nunca ha probado el turrón!

EUGENIO EL HERMOSO, (se bate á
cualquiera hora, y es malo).

¡Qué querellas ni querellas!
Este mundo es pura farsa
¡Sociedad? Una comparsa
la más grotesca de entre ellas!
¡Suene á toda hora el violón!
¡Venga un digno, ó un candombero!
¡Bien Julio hace! Es el dinero
lo único que da el turrón.

TEÓFILO EL CHICO.

Yo no sé..... querellas
..... quizá farsa
Todos..... en comparsa
¡Ellas!..... ellas!
Sí..... el violón.
Puede que..... candombero
.....no hablemos de dinero...
cualquiera..... turrón.

MÁXIMO, el mudo.

Para Ellas

OS celos! ¡Qué cosa más ridícula
y perjudicial son los celos! Tanto
hombres como mujeres, cuando
abrigan esta triste pasión, puede
decirse que tienen un sentido me-
nos en lo tocante al buen pensar
y uno más en lo referente al des-
vario y á la demencia.

Los hombres, sobre todo, son terribles en esto
de celos. No sólo llegan á dudar del honor de la
mujer de quien desconfían, sino también de su de-
licadeza, y aun cuando sólo tuviera este considera-
ción, la mujer más ligera debiera declararse ofen-
dida. Sin embargo, esto no es lo que sucede; ni
hay una mujer honrada y de buen sentido á quien
irrite una sospecha. Hay ciertos seres á quienes los
celos halagan tontamente en el secreto de su im-
prudente vanidad.

—¡Cómo, querida, tu marido no es celoso! Pues
de seguro que no te ama. ¿Acaso no te halla boni-
ta? Apuesto que no eres coqueta. Mira, ten cui-
dado; es preciso que un marido no confie mucho en
su mujer, porque pronto será olvidada. Aquí, para
entre las dos, te diré que desde que mi marido
está en guardia, es un siervo, yo hago lo que quiero.
Un marido que no es celoso, es un amo. Un ma-
rido celoso, es un esclavo.

«Los celos son la más peligrosa condición de las
mujeres, ha dicho un hombre ilustre. Así como el
más peligroso de sus miembros es la cabeza.»

Falso, dos veces falso, y basta de libertades.
¡Nosotras celosas! ¡Y qué! Acaso lo seamos á ve-
ces. Pero aun así, ¿qué mal tan grave podemos
ocasionar nosotras por el hecho de querer mucho
y bien? Porque los celos, pesé á quien pese, no
nacen de nosotras, sino de ellos; y si á veces des-
confiamos un poquito, ¿es culpa nuestra de que ellos
den motivo á la duda?

Recuerdo que una señora anciana me decía siempre:
—No te cases, muchacha, con hombre que mire
torcido. Son horriblemente celosos.

Han pasado los años... y, ni torcido ni derecho.

ALINA DORÉ.



¡Eh!?

Jamás había Marieta negado sus treinta y cinco ca-
bales, pero distraída confesaba á veces, que *aún* no
pensaba casarse...

Claro...
No pudiendo decir que nadie pensaba casarse con
ella...

Y no es que hubiese dejado de emplear buena
voluntad en buscarse un futuro, pero sus miradas y
sonrisas derrochadas á troche y moche le habían sido
siempre infructuosas; ni siquiera sabía la hambrienta
lo que era tener ó haber tenido un simple *dragón*,
como se dice hoy día.

Vivia con su hermano don Telésforo, solterón
también, hombre dado por los cuatro costados al arte
fotográfico.

Siempre con alguna innovación en la casa, aca-
baba este señor de construir sobre su azotea, un cuar-
tuchó con tablas viejas, pero tan perfectamcne ajus-
tadas, que simulaban un coqueto pabelloncito; y solo
un vidrio rojo, colocado del lado de la calle, de-
jaba adivinar á los transeuntes entendidos, que era
aquél uno de los lugares donde se revelan los mis-
terios de la fotografía.

Don Telésforo también hubiera querido que su
hermana *pensase* de una en vez casarse, para quedar
él tranquilo en casa en medio de sus ácidos, tinta,

papeles sensibilizados y cámaras oscuras, estudiando
teórica y prácticamente el arte que le apasionaba.

Porque amenudo había de estar Marieta refun-
fuñando.

Si tenía él (su pobre hermano) la desgracia de co-
meter la más mínima de las tantas inocentes barba-
ridades que le imponía su pasatiempo favorito, allá
armábale ella una algarabía de todos los diablos.

Cierta tarde acudieron los vecinos atraídos por los
horribles gritos que largaba la chica.

¿Por qué?

Porque Telésforo había llevado la ensaladera con
hiposulfito, por habérsele roto la cubeta principal.

Otra vez, por poco no rompe á hachazos la avina-
grada moza, un flamante aparato de falincación fran-
cesa, porque había tenido su hermano la desgracia
de verter el contenido de una botella llena de anisete
dentro de una lata de kerosene, confundiendo aquel
licor con este líquido, todo por hacerse de un reci-
piente blanco para su bicloruro...

Y tantos otros incidentes que callo, pero que no de-
jaban de acarrear disgustos harto desagradables.

Con qué deleite hubiera don Telésforo recibido la
nueva del casamiento de su hermana! (¡Y esta última,
pues!)

Por eso es que, llegada la hora de cenar, preguntá-
bale invariablemente de un modo socarrón:

—¿No hallaste nada hoy?

Y, por toda respuesta, obtenía un plato de sopa.
Acostumbraba Marieta pasar una hora en el balcón
antes de cenar. (Como todas las solteronas).

CARAS y CARETAS

¡FALTAN!



C'est fait! Yo voy á enseñar á ces *messieurs militaires* coa castigos *exemplaires* á meterse á criticar.

¡Qué! ¿A ce *monsieur Kerez* le gusta ser *periodiste*? Pues ya le agarré de *crisfe*; que aprenda para *autre vez*.

Que viva del *periodique*. Yo medio sueldo le *empere*. También sé aruncir el *ceñen* aunque á *monsieur Jean* le pique!

¡Qué! Me critican porque doy los grados en montón! A *mon ami Napoléon* alguno *ly a critique*?

¡Qué! Napoléon podía hacer generales, y á *vaitiens* yo no puedo hacer *tenients*? Pues puedo! ¡No he de *puocer*?!

¡Voyez como he *castiqué* ¡terrible! á *monsieur Kerez*. ¡Medio sueldo! (*Je suis très malo, c'est vrai... mais...*) ¡*C'est fait!*!

Cierta tarde, presentóse en el comedor, pálida y emocionada.

—¿No hallaste *nad...* Pero, ¿qué tienes, hermana mía?

—Ah... ¡calla! Y prorrumpió en llanto.

—Pero... ¿qué te pasa?

—Creo... creo que hallé uno... Van dos veces, ayer y hoy á la misma hora... se quedó un rato largo... largo... estacionado en la esquina... ¡¡mi-rándomell!

—Atención, entonces, y ver de no dejarle escapar, que te vas poniendo vieja, Marieta.

—Ah!... si esos hombres no fueran tan...

Pero una cucharada de fideos, impidió que á la posteridad pasase el resto de la frase!

El día después, se estacionaba otra vez el galán, inmóvil, á la misma hora y en el mismo lugar que el anterior, mirando para arriba... con la boca abierta... extasiado al parecer...

Mientras tanto, don Telésforo le retrataba, oculto desde su cuarto sobre la azotea... Puede decirse, que en aquel momento tres objetivos estaban fijos sobre un mismo punto, pues Marieta abría tamaños ojazos, mayores aún que los lentes del fotográfico aparato (18 x 24).

Volvió el galán al otro día, luego al otro, al otro, y creyó la solterona caerse del balcón abajo, cuando al sexto día de drageo le vió dirigirse á su puerta, golpear y entrar.

—Dese usted la molestia de subir, caballero; llamaré á mi...

—¿Qué atrevimiento de mi parte!

—Aunque sin esa clase de atrevimiento, pocas personas serían felices.

—Usted lo dice, señora... ¿Estaría en casa su señor esposo?

—... ¿Cómo?... Mi... ¡mi esposo!

—Sí, señora... Estoy enamorado...

—¡Telésforo! ¡¡Telésforo!!

—Aquí estoy, Marieta. Me has hecho romper un espléndido *cliché* con el apuro...

—Déjate, hombre, de *clichés*. Pues este señor se ha de haber creído que somos dos hermanas mellizas, la una casada contigo, sin duda, y soltera la otra. Viene á declararse por la soltera, naturalmente.

—Pues le juro, á fuer de artista, que tendrá la perla de los cuñados.

—¿Será usted fotógrafo?

—Lo soy, en efecto, como usted, de afición... Por esa misma razón, vengo, enamorado de...

—Sí, de la hermana de un colega...

—Pero...

—No, hombre! Estoy enamorado del pabelloncito que tiene usted sobre la azotea. ¡Si quisiera usted darme las señas del carpintero que ejecutó tan bonito trabajo!...

Marieta no murió; pero estuvo muy grave ¿eh? Eso sí.

FIRULETE.

ESTORNUDOS Y SABANONES



Alguna vez hay que vencer á sus candidatos.

La *Prensa* dice que Obes se quedó enojado después del decreto nombrando Escribano de Gobierno y Hacienda á don Francisco Saez, persona honrabilísima...

¡Qué audacia la del hombre! Siempre porfiado! no hay nada que su influencia tenaz resista!.. (Lo que es en este caso me lo han chillado, falló con su escribano... colectivista)

Me gusta la caída del cronista... X.
Habla, ó mejor dicho, escribe algunas palabras

TONOS MUSICALES



LA mayor

sobre el 25 de Mayo, fecha memorable para nuestros vecinos.

Se especializa en las demostraciones de simpatía hechas al Ministro Argentino entre nosotros y dice textualmente:

«El señor Moreno fué el blanco de todas las felicitaciones, etc.»

Hombre!... no pega el cronista que con tal facilidad contraría la verdad de algo que salta á la vista. ¡Mala fama se conquista si á esas rarezas apela!... Decir que un barco de vela no es un vapor... ¡santo y bueno! pero que blanco es Moreno... ¡que se lo cuente á su abuela!



¡Qué fecunda es la prensa en «rumores políticos y golpes de estado de trascendentales consecuencias!»

En un dos por cuatro (no siempre ha de ser por tres) tira un Ministerio al suelo y á un Comandante General de Fronteras lo deja cesante cuando menos lo piensa el que todo lo puede... con autorización de Obes.

El jueves por la mañana leímos el rumor de que se rompían tres costillas del Ministerio y que solo quedaban sanas ¡claro! las de Hacienda y Fomento. ¡Todo por una novelaria sin fundamento alguno! Y se daba entre los reemplazantes el nombre de un gladiador en la última lucha ganada por tata Borda.

Realmente que, á ser cierto, sería cosa de sentir bastante mala tos al gato. Pero... bastante mala.

Resultado de un suelto de mi sección del número pasado.

A todos en general, con el debido respeto, comunico una noticia de archi-tremebundo efecto. Ahí va: el martes de mañana en lo mejor de mi sueño, me despertó mi sirviente que es muy bruto, aunque gallego, diciéndome: «Señuritu pur que se levante venjo; ahí está aquel hombre jordo empleadu en el Ministerio.

—¿Qué hombre gordo?... ¡berengena!

—Aquel general muy serio y muy lleno de medallas

—Ah! zapateta!... voy... vuelo.

Se va el gallego, me visto y á *Jean Joseph* me presento, que está en la sala, mirando sus formas en un espejo.

—¿Saben lo que fué á decirme? Pues una cosa... de efecto, que él nunca ha tenido perras; que lo que tiene es... un perro!

¿No es archi-tremebunda la salvedad?

Blas Loza tiene en San Juan una tienda y mercería,



LA menor

y en Mendoza sastrería café, hotel y restaurant. Y eso hace que don Blas Loza que es hombre muy diligente se pase constantemente entre San Juan y Mendoza.

En un corrillo de estudiantes. —¡Pobre Martí!... Ya cumplió su misión en este mundo y se ha ido á dar cuenta de ella á Dios! —¡Desgraciado joven!... morir cuando empezaba á brillar doblemente en la prensa y en el arte de Mozart y Mascagni.

—Ah... ¿era músico también? —Házte el zonzo ahora... ¡cuando menos no conoces las piezas musicales que ha dado á luz hace poco tiempo?

—Pero... ¿de quién hablas tú? —De Pedro Martí, del violinista, de *Don Hilarion*, como tú quieras; del autor del vals *Remember*.

—¡Estás en Babia!... Pedro está muy vivo... y hasta coleando. Yo hablaba del difunto Martí, el autor del *cán can furioso* de Cuba.

—Acabáramos... Esos son otros Lopez!

—No; es otro Martí.

FRAY CANDELA.

SEGUIDILLAS DE INVIERNO

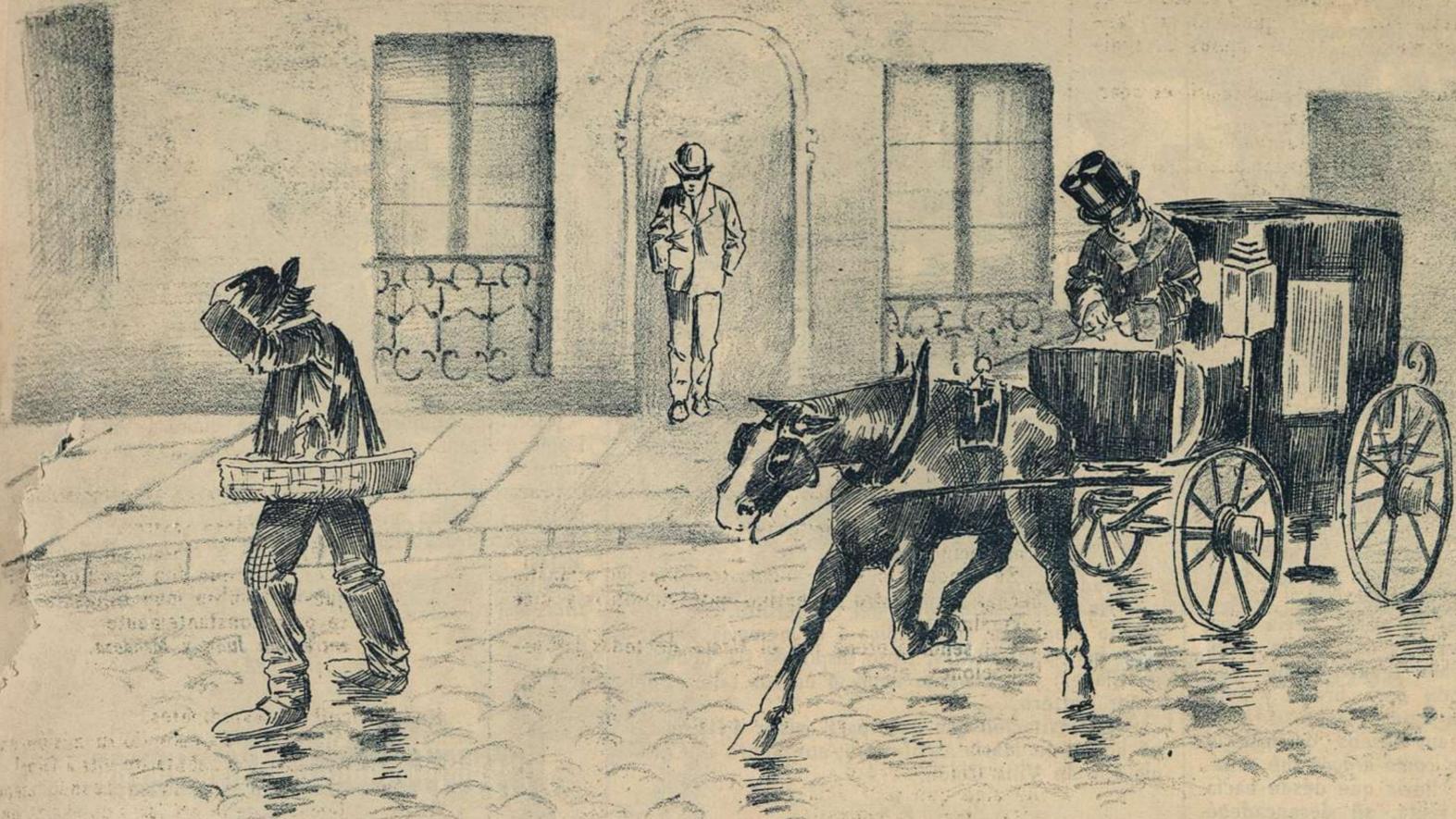
Están en sus guaridas los pobres grillos con las manos metidas en los bolsillos. ¡Qué malos ratos me dan los contrafuertes de mis zapatos!

¡Quién pudiera en invierno dejando abrigos, ir de *farra* al infierno con cuatro amigos! No encuentro raro que el chocolate bueno resulte caro.

Dentro del hormiguero las hormiguitas sin un triste brasero pasan mil cuitas. Del mal el menos que he comprado chorizos y salen buenos. que he comprado chorizos y salen buenos.

Se coje muy á gusto la chimenea, donde el tronco vetusto chisporrotea. Y hoy me he encontrado con que tengo el paraguas apollillado.

¡Oh invierno! Te maldigo sinceramente y eso que gasto abrigo y ando caliente. ¡Cuán infelices son los que tienen pelos en las narices.



TEATROS



Vaya; ahora sí podemos hablarles á ustedes de la compañía Pastor. Y vaya primeramente el juicio general.

De Juárez hemos de decir, que no ha mentido la fama que se presentó antes que él proclamando sus grandes cualidades de actor cómico. Las tiene en efecto, y lo demostró principalmente en «El retiro» una preciosa pieza que debe repetirse, chistosa como pocas, y culta como muy pocas, y en *Tabardillo*, otra obra de

que de verse y aplaudirse, llena de gracia y vacía de tonterías, en cualidades muy raras en el nuevo repertorio chico.

Mesa ya es conocido, mucha *bis* cómica, muchas tablas, una buena novedad á toda prueba, y una voz capaz de matar á un tenor débil del oído

La Pastor tiene una buena voz, fresca, suave y educada, cosa muy rara también en las compañías de género chico.

La Tejada es artista de grandes y múltiples facultades. Lo digo porque canta con muchas voces á un tiempo. Es aquello como si tuviera un *pot-pourri* de música en la garganta.

Ahora, vamos á las obras y su interpretación, ya hemos dicho lo que de «El retiro» y «Tabardillo» hay que decir.

«La Verbena de la Paloma» dada el martes... ¿franqueza quieren ustedes?... Pues... muy mala!

Empezando en Juárez, que cantando parece un cerrojo sin aceite, siguiendo por Mesa que hablando y cantando quiere demostrar que tiene un silbato de trasatlántico en la garganta, y concluyendo por la Pastor que cantó todo á escape para mayor brevedad, todo anduvo como Dios quiso, ¡digo! como Dios no quiso ni puede querer.

Y conste que mucha franqueza nos duele, aunque no le quita á la compañía Pastor nada; porque sólo quita á los artistas la voz, que el cielo les quitó ya tiempo há.

Pero váyase lo uno por lo otro. Todos ellos, no cantando merecen aplausos y elojios.

«El tambor de granaderos» otro estreno de la semana, es una zarzuelita bonita, con música alegre y graciosa, que se merece también muchos días de cartel.

La Paris de granadero, hace que el más pacífico le tome gracia á la carrera militar; dentro de poco no van á hacer falta las levas.

La gran compañía de Pasta debe haberse estrenado anoche

Nada sabemos aún, pero aparte á que hay tiempo.

RE-BEMOL.

ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

POR

ARTURO A. GIMÉNEZ

V

Y esto hacia todos los domingos, bañando de amor con sus caricias á aquella niña que se entregaba á ellas con su aire sumiso y tierno de joven esclava, en la pequeña sala en que, fuera de las llegadas poco frecuentes de la madre hasta el balconcito, tarareando aires de zarzuela, solo les interrumpía la sirvienta con el mate, indiferente y silenciosa como su mirada distraída que se perdía en aquella completa contemplación del espacio tendido de azul más allá de las ventanas.

Había conocido á Argentina en una casa modesta, tipo de las tan abundantes «pobres pero honradas» á donde le llevó una de las ocurrencias de Federico, aquel elegante con veleidades de demócrata campechano que en la tertulia de cinco que los reunía de noche en su casa, se enfurecía cuando llegaba á hablarse de igualdad social, sin perjuicio de enojarse si oía decir que las hijas de la costurera de su madre no eran de lo más distinguido de Montevideo.

—Puede que te ligués alguna muchacha, le había dicho.

Aquella noche jugaban á la lotería allí, rodeando la mesa del comedor hasta ocho muchachas y cuatro ó cinco matronas, todas éstas abundantes en carnes y en temas de conversación

Mario, algo indiferente al principio, concluyó por interesarse con la charla de aquella muchacha que habían sentado junto á él, tan fresca y sonriente, que casi encantaba con su aire injenuo é infantil, bonita á pesar de su nariz levantada y atrevida, y graciosa aun con los movimientos dengosos y poco naturales que recorrían aquel cuerpo en que empezaban á insinuarse las formas de la mujer sin consideraciones á la mirada viva y alocada de sus negros ojos de niña desenvuelta.

Y mientras su madre, una gruesa señora, todavía hermosa y muy aficionada á hablar de sí misma y á mostrar sus lindos dientes, contaba á Federico que su marido había sido tan celoso que nunca la dejaba salir á parte alguna, guardándola siempre con el cuidado con que se guarda un tesoro, y le repetía muchas veces aquello de «¡como si yo fuera tan preciosa!» en su afán de que la dejaran que efectivamente lo era, Mario y Argentina seguían su charla entretenidos y confiados como si se hubieran conocido de largo tiempo atrás.

El, de broma en broma, llegó á decirle que, para cerciorarse de que las negativas opuestas á sus maliciosas suposiciones eran fundadas, pasaría al día siguiente por su casa, y ella no se lo hizo repetir dos veces para estimular y aprobar tal resolución.

Esto disgustó primeramente á Mario, que encontraba aquella adquiriescencia muy repentina.

—Es una loquilla, pensó.

Pero luego ella consiguió atraerle nuevamente con su aire rendido y añorado, haciéndole ratificar su primer juicio, convencido ya de que tal lijereza era resultado tan solo de aquella injenuidad que irradiaba todo su rostro.

A la salida, la madre que ya había contado al paciente Federico sus trabajos para librarse de los pretendientes que la asediaban después de la muerte de su celoso marido, entre los que se contaban todos los generales del ejército y todos los abogados del foro, le ofreció con aquella volubilidad de cabeza lijera su casa y su amistad, poniéndose diez veces á su disposición antes de atropellar á los que se interponían entre ella y la puerta, deseosa de parecer ágil y lijera apesar de su volumen y sus cuarenta y cinco años cumplidos.

El joven quedó algo aturdido y desorientado al verse de aquel modo repentinamente comprometido con aquella niña; y su primera exclamación, una vez en la calle, fue:

—Pero ¿á qué diablos me he metido yo en esto?

En efecto; lo había hecho inconscientemente, sin quererlo, ó más bien dicho, lo habían hecho ellas cojiéndole de sorpresa, sin darle tiempo á pensar en nada, mareado, aturdido por el desborde de aquel torrente de locuaz cortesía que de pronto le había envuelto llenándole los oídos con ese «caballero» agregado á todas las frases, tan propio de las fórmulas corteses de la sociedad cursi del Cordón. «Ya sabe usted la casa, caballero.» «Tendremos tanto gusto, caballero.» «Buenas noches, caballero...»

Por esto le incomodaba la promesa que había hecho á la muchacha de pasar á verla al otro día: aquella promesa que implicaba el comienzo de un amorio que había de ser para él el primero. Le mortificaba aquello de empezar su vida galante por ahí, por el Cordón cursi y ridículo con su deseo perpetuo de imitar á la ciudad, odiada por su orgullo y desdén hacia aquel barrio que, su hijo primeramente, había llegado á ser su hermano, uniéndole.

dose, pegándose hasta confundirse, hasta formar parte de ella misma sin lograr romper, á pesar de todo, aquel obstáculo que de ella lo separaba siempre: la diferencia de clases sociales, de gustos, de usos, de modales entre la sociedad del centro, la sociedad refinada en sus costumbres y lenguaje, y la sociedad cordonesense aún en formación, todavía estacionada en el punto intermedio entre la ciudad y el pueblo de campaña, que jugaba aún á las cédulas en las noches de San Juan y San Pedro y hacía una solemnidad del juego de lotería de cartones en los domingos de invierno.

Sin embargo, la imagen de la niña volviendo á su imaginación, con su rostro fresco y sonrosado y sus ojos acariciadores á pesar de aquellos movimientos ora dengosos, ora alocados que le eran propios, le hicieron encontrar menos pesada la aventura; no eran de desdenar las caricias de un cuerpo joven y nervioso que se adivinaba suave y delicado, oprimidos todos sus encantos por las líneas tímidas y castas de la niñez en aquel momento del desarrollo en que el pronunciamiento de las formas hace pensar en el primer perfume que dá al abrirse una flor.

No quiso que se avergonzara ella por haber sido desdeñada su rápida é irreflexiva invitación; y á pesar de su disgusto por tener que pasearla la calle, una calle del Cordón, llena de ojos curiosos y de bocas criticonas, fué, renegando al verse así obligado á experimentar cierta tímida inquietud en aquella su primera aventura galante.

—¿Quién me metería á mí en esto? decía para sí. ¡Pues no queda poco lejos la casa de la joven esta! Pero, al fin ¡qué diablo! tendré en qué entretenerme, si no resulta todo pura broma y puro gusto de divertirse conmigo.

Sin embargo, á pesar de sus deseos de hacerlo lo mejor posible, su estreno como *dragón* fué señalado por un incidente. La lluvia que desde hacía rato anunciaba su próxima visita, se desencadenó de pronto con violencia, cuando él, al desembocar en la calle Piedad se disponía á buscar la casa de Argentina valiéndose de las señas que ella le diera la noche antes.

En procura de un albergue que le protejera del aguacero, entróse en el primer zaguán que se le presentó, murmurando, para satisfacer su afición al monólogo.

—Buen principio! ¡Pues ya me he lucido en mi estreno! ¡Vaya que voy á salir de aquí buen mozo; como para encantar á mi futura *dragona*!

Y sacando la cabeza con recelo, exploraba con una mirada extensa la calle bañada, castigada por el agua que se desplomaba cubriéndola de un velo gris, espesa y sonora, chasqueando al golpear la piedra con violencia.

Fué entonces que oyó trás de sí aquella voz conocida que le decía:

—Entre caballero Escalante.

Era la madre de Argentina que le invitaba á acogerse á más cómodo refugio.

—¡Qué casualidad! La lluvia le ha hecho meterse en casa!

En efecto, era la casa que él buscaba cuando empezó á llover: la casa de doña Armanda Madrigal de Porta.

(Continuará).

Menudencias



Agradecemos.

—Una hermosa melodía del compositor don Prudencio Montagne, que dedica á la memoria del artista Juan Luis Blanes, trozo inspirado (la melodía, no Blanes) y claramente impreso en los talleres del señor Lottero.

—La invitación con que, para asistir á las fiestas en honor de María Auxiliadora, nos honró el Colegio Pio de Villa Colón.

Dice «La Nación» que un distinguido artista está pintando una preciosa miniatura que, una vez concluida, resultará el retrato de S. E. el Presidente Juan.

¿S. E. en miniatura?

¡Más de lo que es? No conviene.

Hay que hacerlo en gran figura para hacer creer que la tiene.

—¿Serán ya las doce? A ver, Pepa... Celestina... ¡Nó! No vayan las dos á ver la hora.

—¿Por qué?

—Porque siendo dos, la verían doble, y luego vendrían diciendo que son las veinticuatro de la noche.

Dice «El Bien» ocupándose de la creación del arzobispado:

«El Santo Padre vería con gusto la presencia del arzobispo oriental en el futuro concilio»...

Sí, ya; nos lo figuramos

Los que lo vemos sin gusto

Somos los que lo pagamos.

—«Anoche debe haberse estrenado la compañía dramática de Pasta, al que acompaña la celebrada

actriz Tina di Lorenzo.» ¿Oyes? Esto sí que le dará rabia á Julio Herrera.

—¡Hombre! ¿Por qué?

—Porque él tiene hace tiempo el monopolio de los encantos de todas las artistas que pisan el Uruguay.

—Y bien.

—Y que esta, como se llama Tina, se la va á quitar Vidiella.

Palomita blanca

vidalita

dile á allá á mi pobre,

á mi pobre Luisa,

vidalita

que no tengo un cobre!

De La Razón:

«La Voz del Pueblo, de Minas, tiene, como Damócles, suspendida una paliza sobre las costillas de sus redactores».

¡Hombre, hombre! ¿Quién le ha dicho á Vd. que Damócles tenía suspendida una paliza sobre sus costillas?

¡Carambal! ¡Y la historia que dice que era una espada!... ¡Cómo miente la historia!

¡Y qué descubrimientos hacen ahora los periodistas!

¡Miren ustedes que eso de *suspender* sobre las costillas una paliza!...

Correspondencia Particular

Fulano.—Montevideo.—¿Qué lindo, no? Cuando leo sus cosas, se me figura usted un novillo con anteojos.

M. S.—Montevideo.—Mire usted; el epigrama es viejo; pero el artículo... es viejo también.

Zapayo.—Tala.—

He leído su versito

y le deseo Zapayo

que le caiga á usted un rayo

y lo deje hecho polvito.

L. H.—Montevideo.—Después de leer todos los nombres de animales que ha metido usted en su composición. ¿querrá usted creerlo? al leer su firma se convence uno de que ni por esas se ha acostumbrado á tratar con animales.

Simón el chico.—Montevideo.—Si no fuera tan salado, no diría yo que no, no diría yo que no!... Vamos á ver otro más moderado.

Milonga.—Montevideo.—Es cosa curiosa; á cualquiera que lo mire superficialmente le parece usted un bruto... y es un bruto.

Miriam.—Montevideo.—¡Y me prometió usted darme á menudo noticias suyas!

El Farolero.—Montevideo.—Si encontrara usted quien lo domesticase!

AL POLO.

BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.



EL ANTICUARIO



Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, 184

ESTUDIO FOTOGRAFICO

DE DOLCE Hnos

Calle Sarandí, 359

Retratos modernos de busto á la romana.

Á Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.



A CALLEGARIS

ESTUDIO FOTOGRAFICO

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía las más distinguidas gentes.



FOTOGRAFIA

DE INGLESA

J. FITZ PATRICK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

